

nuevos espacios y estilos de vida. Con las nuevas funciones, el medio rural va construyendo también nuevos procesos de revalorización y dinamización de las comunidades rurales.

Es muy ilustrativo el título de un artículo que aparece en la revista LEADER II Magazine (nº 15), sobre una experiencia de desarrollo rural llevada a cabo por un Grupo de Acción Local en la frontera entre República de Irlanda e Irlanda del Norte, donde se destacó el apoyo a la diversificación de las actividades en un territorio eminentemente agrario “*De la empresa agraria a la empresa rural*” (Observatorio Europeo LEADER, 1997, p. 15). Este título, además del contenido, refleja una estrategia de cambio muy importante que se viene observando en toda Europa, con el objetivo de dinamizar las zonas rurales, potenciando la diversificación y sumándose a la multifuncionalidad del medio rural. Parece claro que, donde las actividades no se diversifiquen atrayendo nuevos habitantes y fijando los jóvenes al territorio, se acentuará el problema del despoblamiento y los pueblos tenderán a desaparecer.

Estas nuevas perspectivas producen profundas transformaciones en la configuración social del espacio rural, donde conviven estilos de vida y actividades muy diversos, que se van consolidando como alternativas económicas para el mantenimiento de la población local y para los nuevos residentes. Con ello, también se observan transformaciones en las representaciones sociales construidas sobre el medio rural y la ruralidad. La imagen compartida colectivamente de lo rural va cambiando, en la medida en que el propio objeto se transforma, aunque no con la misma velocidad.

4. CAMBIOS EN LAS REPRESENTACIONES SOCIALES DE LA RURALIDAD

4.1. Los ideales de modernidad y crecimiento en la construcción de las representaciones sociales sobre lo rural

Como hemos dicho, el modelo de desarrollo neoliberal, que ha marcado las pautas de crecimiento económico y los objetivos de desarrollo en las sociedades modernas, ha influido también en la construcción del universo simbólico de los habitantes, tanto de las ciudades como del medio rural. Las bondades de los estilos de vida, y sobre todo de consumo, de las

ciudades se han propagado también en el medio rural. La necesidad de mano de obra en las ciudades industriales ha ido acompañada de una campaña de promoción de los valores de la modernidad, que ha estado anclada en los antagonismos con los estilos de vida pueblerinos y la desvalorización de estos últimos, incluso su ridiculización.

Las nociones de crecimiento y de 'modernización' han estado profundamente vinculadas a la de desarrollo, siendo metas comunes de éste. En "un contexto de escasez, de subdesarrollo y de estancamiento de las economías... desarrollarse significaba superar sus ancestrales carencias, evitar las hambrunas más o menos cíclicas, alcanzar cotas tecnológicas y unos niveles socioeconómicos y adoptar unas formas de vida equiparables a las urbanas de los países industriales avanzados, concebidas como el anhelado arquetipo de modernidad" (Entrena, 1998, p. 75).

En el sistema capitalista se han establecido correlaciones entre el crecimiento, la modernización y la transformación cualitativamente positiva de la sociedad, donde las sociedades industrializadas son consideradas más avanzadas, y más cercanas a un modelo ideal, que las sociedades rurales tradicionales, que deben ser superadas. Durante mucho tiempo, los parámetros de bienestar en las sociedades occidentales han estado ligados a la vida en las grandes ciudades industriales. La vida en el pueblo era sinónimo de atraso y de pobreza, económica y cultural. La imagen del campesino como alguien "tosco e inculto" ha sido tan fuerte que se llegó a reflejar en el diccionario de la Real Academia Española (1994).

La vida rural, en el siglo XIX y hasta mediados del siglo XX, era considerada en Europa como arcaica y atrasada, que habría que evolucionar hasta alcanzar los umbrales de la vida moderna de las ciudades, que se asociaban a la idea de progreso e innovación, así como al bienestar económico y social. "En general, (la vida rural) tenida por **arcaica y atrasada**, señalándose que la innovación económica y social procedería de las ciudades y de la industria...se le asignaba el papel de **receptora pasiva** de estos procesos que habrían de modelarla y adaptarla...consideran lo rural como **un residuo**" (Newby, 1983, p. 39).

La vida en los pueblos ha sido percibida como un anclaje en el pasado, significando la lejanía de los centros de poder y de decisión, así como de los centros sociales y culturales. "...lo rural solía constituir un

referente cultural de rechazo en aras de un cambio cuyo horizonte utópico se ubicaba en el ámbito urbano-industrial” (Entrena, 1998, p. 123).

Las ciencias sociales de finales del siglo XIX y principios del XX se han ocupado abundantemente de los fenómenos urbanos, procurando comprender, explicar, criticar y/o justificar los modos de organización del trabajo y de las sociedades productivistas. El medio rural, durante muchas décadas, ha sido considerado un consumidor pasivo de los estilos urbanos y un necesario suministrador de materias primas. La modernización del campo y de los procesos productivos en la agricultura fue el objeto monotemático de las políticas e intervenciones en el medio rural, convenciendo a los rurales de la apremiante necesidad de adaptarse a los tiempos modernos y suministrando las recetas de cómo esto habría de producirse. La modernidad ha introducido nuevas tecnologías y nuevas formas de cultivo, así como sistemas diferentes de organización de la vida productiva y social. La ruptura con los estilos de vida tradicionales ha sido todo un reto para la implantación del capitalismo y la industrialización del medio rural.

En las ciencias sociales, salvo excepciones, se han ignorado los procesos de transformación de los territorios rurales y las necesidades y potencialidades de su población. Aún hoy, en España, para muchos científicos sociales la realidad del medio rural es algo lejana, que a veces raya lo anecdótico, casi como lo de “Lepe” (Manuel Rivas, *El País Semanal*, nº. 1297, Domingo, 5 de agosto de 2001, p.92).

Giddens (1976) sostiene una crítica a la teoría de la sociedad industrial, que en muchos aspectos se basa en una creencia de contrastes entre la sociedad agraria tradicional y la sociedad urbana industrial, en la que la primera se suele asociar a la “dominación de las elites terratenientes”, “sancionadas por la religión” y estar enmarcada en un “Estado autoritario”; y la sociedad urbana industrial tendría una estructura “flexible y meritocrática”, caracterizada por la competencia y las relaciones comerciales, donde el poder es compartido, enmarcándose en un “Estado democrático de masas” (pp. 718-719).

Cualquiera que conozca un poco las sociedades urbanas y rurales se dará cuenta de que ese modelo de contrastes, en que se basa la teoría de la sociedad industrial, está bastante lejos de ambas realidades. Sin embargo, curiosamente, estas teorías más que describir y analizar los

procesos sociales en el medio rural, han servido para fundamentar, o más bien legitimar, ciertos tipos de intervenciones urbanas y formas de organización política, que en los territorios rurales dieron como resultado un tejido social desarticulado y una creciente pérdida de poder político y de capacidad de autorregulación socioeconómica. El aumento de la dependencia del medio urbano, además de consecuencias políticas y económicas, o conjuntamente con éstas, viene significando la ruptura de las estructuras sociales identitarias del medio rural, con la desvalorización de las referencias culturales y la consiguiente pérdida de autoestima grupal.

Newby (1983) también cita el trabajo de Sorokin y el de Redfield donde describen la vida rural en los siguientes términos: “aislada, pequeña escala, agraria, inculta, homogénea y con un fuerte sentido de la solidaridad de grupo” (p. 43). En el sentido de ilustrar las representaciones vigentes de lo rural es interesante como Loring (1992) habla de la recurrencia a los estereotipos del ignorante cateto rural, de su retraso, inferioridad y ridiculizable paletéz, frente a la superioridad de los habitantes de la ciudad. Estas representaciones han servido para legitimar la modernización de lo rural y su adaptación a los modelos urbanos-industriales en auge.

Con los diferentes modelos de desarrollo, como hemos comentado anteriormente, se sucedieron perspectivas más críticas acerca de la modernización y las sociedades industriales como paradigma de modernidad. Las teorías conflictuales y las teorías de la dependencia, así como la teoría del centro-periferia, pusieron en entredicho el modelo productivista pensado como etapas sucesivas de mayor y mejor desarrollo. Aún así, estas críticas no llegaron a repercutir en las representaciones de la ruralidad, que seguían compartiendo concepciones ancladas en lo rural como símbolo de lo atrasado. En el pensamiento sociológico, como expone Entrena (1998), lo rural era explicado, más que por sus características o por su propia realidad, en razón de sus carencias en comparación con la realidad urbano-industrial, que marcaba los umbrales de bienestar y las cuotas de progreso y desarrollo a lo que se debería aspirar.

Los adjetivos peyorativos se siguieron empleando para designar la realidad rural: atrasado, marginado, tosco, inculto, cateto, paleta, arcaico, pasivo, etc. Estas palabras han configurado el abanico de calificaciones que han ido forjando las representaciones de la ruralidad

(incluyendo el pensamiento sociológico español), hasta los años cincuenta y entrados los sesenta. Las películas típicas de Paco Martínez Soria, como 'La ciudad no es para mí', han marcado una pauta de consumo de material simbólico e iconográfico que ha reflejado y construido los contenidos representacionales en las relaciones entre el medio rural y la ciudad, donde los rurales eran objeto de ridiculización.

Aún hoy, se observan los lastres de esa mentalidad modernista en la crisis del mundo rural y en los factores psicosociales que afectan al despoblamiento. Gómez Benito y González (1999), en un artículo analizando la situación de la agricultura familiar en la España actual, afirman que: "Los problemas de relevo generacional de muchas explotaciones no tiene tanto que ver con la falta de rentabilidad económica como con **la falta de reconocimiento social y político** de la profesión agraria" (p. 36). "Y mientras la agricultura (retórica aparte) siga siendo sinónimo de precariedad laboral y de falta de consideración social, dicha resultante será un mecanismo de selección negativa de los futuros agricultores" (p. 39).

Así, como se puede observar, parte de los contenidos de las representaciones sociales de la ruralidad todavía están marcados por la idea de carencia y atraso del medio rural, en contraposición a los avances de las ciudades en la modernidad, como fruto de la industrialización y la concentración de riquezas y recursos en el medio urbano. Sin embargo, estas representaciones han experimentado cambios significativos en las últimas décadas, que se iniciaron a partir de los años sesenta y se vienen reforzando significativamente desde los ochenta. Como veremos a continuación, se vienen construyendo representaciones ligadas a la revalorización de lo rural, con una imagen más relacionada con conceptos como la calidad de vida y la conservación de la naturaleza.

4.2. Cambios en las representaciones de lo rural a partir de las tendencias actuales

En las últimas décadas ha aumentado la percepción de deterioro de la calidad de vida en las grandes ciudades, también se ha observado una tendencia creciente de generalización del pensamiento ecologista, con preocupaciones sobre la conservación del medio ambiente y la

búsqueda de estilos de vida más saludables. La imagen de la ciudad viene siendo cada vez más asociada al estrés, a la inseguridad ciudadana, a la exclusión social, al desempleo, a la artificialidad y a la contaminación medioambiental. En este contexto, hay una revalorización de lo rural, que, como hemos expuesto anteriormente, va adquiriendo nuevas funciones económicas y sociales, más vinculadas al equilibrio territorial, a las producciones de calidad, a la conservación medioambiental, a los valores paisajísticos y a los espacios de ocio.

Una imagen directamente relacionada con la naturaleza y la calidad de vida se viene forjando en las representaciones de la ruralidad. El aumento de la migración de la ciudad al campo de las últimas décadas viene dando muestras, a la vez que influye directamente en la construcción de nuevas representaciones -como un proceso dinámico y dialéctico que es-, de las transformaciones en las perspectivas que se vislumbran para el medio rural. La concreción de alternativas de vida y emprendimientos en espacios rurales, viene demostrando que las transformaciones en las representaciones, no están asociadas a la idea nostálgica de ‘paraíso perdido’, que han marcado los comienzos del pensamiento sociológico crítico con las sociedades industrializadas, como en el caso de Tönnies o, posteriormente, en la teoría del continuum rural-urbano. Se denotan planteamientos de búsqueda de estilos de vida más ligados a la naturaleza y a ritmos de trabajo diferenciados del modelo productivista de la modernidad. Según Froehlich (2000), los reclamos de reencuentro con la naturaleza, la armonía con el entorno, la calidad de vida y el respeto con el medio ambiente, se presentan como las nuevas representaciones sociales de lo rural, que además evidencian la crisis de la idea de progreso continuo y sin límites, protagonista de la industrialización.

Hervieu (1995) evidencia la necesidad de la sustitución de la noción de campo, como **espacio de producción**, donde los agricultores eran los principales responsables de la gestión del territorio, por la de **marco de vida**; con las nuevas funciones del medio rural, que afectan a toda la sociedad, y el aumento de la ocupación estacional del territorio por un número cada vez mayor de población residente en las ciudades. Este autor apunta a la transformación del medio rural en “**territorios de integración**”, donde conviven diferentes estilos de vida.

Mathieu (1998) apunta a un cambio significativo en las representaciones sociales dominantes de la ruralidad en la década de los 90, a partir de dos fenómenos sociales claves: la globalización y las preocupaciones medioambientales. La mundialización de la economía, con la redistribución de la localización de las empresas y del trabajo, y la fuerza de las temáticas medioambientales en el panorama político mundial, con el énfasis en las nociones de desarrollo sostenible y local, configuran, según la autora, la base para la construcción de nuevas representaciones de la ruralidad, con la aplicación de políticas distintas de gestión, tanto del territorio, como de las actividades productivas en el medio rural.

Analizando los cambios de contenido en los discursos sobre lo rural en Francia, Mathieu (1998) señala que, cada vez menos, la ruralidad está asociada a la actividad agrícola, incluso en las esferas político-administrativas y científicas, pasando lo rural a estar cada vez más representado por el 'campo' como sinónimo de paisaje, más específicamente, como paisaje natural. Lo rural, en la última década, ha sido identificado sobre todo con 'naturaleza', como patrimonio a preservar. La autora utiliza la expresión '**estetización de la ruralidad**' para puntualizar esa identificación de la ruralidad principalmente con la estética campestre, que ella señala como predominante en las representaciones sociales de la ruralidad en los años noventa. En este escenario, la agricultura pasa de un papel productivo a un papel de gestión de la naturaleza, y lo rural es un espacio asociado a un modo de vida característicamente ligado a la naturaleza, con valores específicos de singularidad, de convivencia con la naturaleza y de integración en el paisaje (Mathieu, 1998).

Además, la autora señala la convivencia en nuestros días de los diferentes contenidos de las representaciones sobre la ruralidad, tanto asociada a la agricultura como a la naturaleza. También apunta a representaciones dicotómicas y antagónicas entre campo y ciudad, que ella denomina contradictorias, describiendo, al mismo tiempo, la percepción de complementariedad de funciones entre ambos contextos, donde el medio rural ya no estaría sometido a la dominación económica de lo urbano, asociándose lo rural a espacio de residencia y ocio y la ciudad a espacio de trabajo.

Halfacree (1993), cuando analiza la separación entre las representaciones sociales de la ruralidad y los referentes materiales que le

dan origen, afirma que: “En una era descrita como posmoderna, los símbolos aparecen increíblemente ‘liberados’ de sus referencias concretas, esto es extremadamente importante para reconocer explícitamente las diferencias entre el espacio y sus representaciones sociales” (p. 34). Este autor también apunta que el mismo espacio va siendo modelado simbólicamente y físicamente a partir del uso de las representaciones sociales en acción. La disociación creciente entre las representaciones sociales de la ruralidad y el propio espacio rural que les han dado contenido, como señala Halfacree (1993), apunta a la deslocalización de los elementos que hasta ahora han caracterizado lo rural.

En este sentido, Carneiro (1998) plantea la construcción de nuevas identidades rurales y urbanas, no vinculadas al espacio geográfico, sino con una fuerte carga de espacio simbólico. Tanto en la ciudad como en los pueblos, se están viviendo importantes transformaciones, muy marcadas por la globalización económica y cultural, que definen estilos de vida diferentes, con valores y símbolos referentes a las culturas rural y/o urbana, independientemente de su ubicación territorial, y con el énfasis en los aspectos de integración, permeabilidad y complejidad cultural. Este proceso, según Carneiro (1998), “implica un movimiento de doble sentido en el cual identificamos, por un lado, la reapropiación de elementos de la cultura local a partir de una relectura posibilitada por la emergencia de nuevos códigos y, en el sentido inverso, la apropiación por la cultura urbana de bienes culturales y naturales del mundo rural, produciendo una situación que no se traduce necesariamente en la destrucción de la cultura local, sino que, al contrario, puede contribuir a alimentar la sociabilidad rural y reforzar los vínculos con la localidad” (p. 13).

Carneiro (1998), señala también el papel de la diversidad de actividades y relaciones en los cambios en las representaciones de la ruralidad, marcadas cada vez más por la vinculación a la naturaleza. Apunta a la búsqueda creciente de un sistema de valores alternativos a los urbanos, ligados a la industrialización, observándose nuevas tendencias neorruralistas y antipositivistas, en las que el campo pasa a ser reconocido principalmente como espacio de ocio o como opción de residencia. El surgimiento del turismo rural permite el acercamiento a la cultura rural, pero lo rural se transforma en un producto para el consumo urbano.

Gray (2000), revisando las concepciones de lo rural, pone de relieve cómo personas en diferentes ubicaciones sociales expresan y entienden la ruralidad de distintas formas y cómo intereses políticos diferentes son promovidos a través del uso del discurso sobre lo rural. Lejos de buscar una definición de lo rural como territorio, este autor señala que se han venido configurando muchas imágenes de ruralidades y apunta a tres perspectivas: la primera de **valorización** -donde lo rural es asociado a imágenes de la vida en el campo-; la segunda de **desvalorización** -lo rural como atrasado, estancado y deprimido; y una tercera de **invisibilidad** de lo rural -donde lo rural sólo aparece a partir de la dominación desde un punto de vista basado en el mundo urbano-.

Gray (2000) señala los cambios en las representaciones de lo rural presentes en los documentos de la Comisión Europea, que, como ya habíamos apuntado anteriormente, pasan de una imagen vinculada a lo agrario, a definir lo rural a partir de la diversificación y de la heterogeneidad de actividades y de espacios. Se indica además, que en esa redefinición, política e instrumental, lo rural está muy marcado por las nuevas funciones relacionadas con el ocio y la conservación del medio ambiente.

Como podemos observar, la construcción de nuevas representaciones sobre lo rural se aleja del espacio de producción agrícola, que estaban muy marcadas por valoraciones despreciativas a partir de las comparaciones de lo urbano como ideal de civilización. Actualmente, se configuran representaciones de lo rural cada vez más identificado con la naturaleza y el paisaje, también como marco de vida diferente y complementario al urbano y, sobre todo, marcado por la heterogeneidad: de espacios geosociales, de actividades productivas y de estilos de vida. Lo rural aparece cada vez más asociado a la calidad de vida. Según Hervieu (1997): “La idea de calidad es probablemente el elemento principal del cambio económico y cultural que debe llevarse a cabo” (p. 7).

La complejidad de la realidad social hace que convivan actualmente todas y cada una de las representaciones sociales de la ruralidad que hemos podido señalar anteriormente. Se percibe claramente una transformación en las representaciones construidas sobre lo rural en las últimas décadas. Sin embargo, el peso de las valoraciones y prácticas despreciativas de las décadas anteriores sigue marcando la identidad rural y sirviendo de guía de comportamientos en la vida cotidiana en nuestros pueblos. Nos parece cada

vez más significativa la hipótesis de partida de este trabajo, planteando que no son sólo factores económicos los que llevaron al abandono del medio rural. Pensamos que también hay factores relacionados con estrategias de construcción de identidades personales satisfactorias y positivas que han influido en las decisiones de marcharse a las ciudades. Como afirman González Fernández y Camarero (1999): “Lo rural no es una entidad física sino el resultado de la acción social... El intercambio de personas, mercancías y mensajes son los elementos que muestran la existencia de un nuevo marco –de flujos- desde el que pensar lo rural y especialmente el desarrollo” (p. 57).

Concluyendo, queda patente que el medio rural está viviendo un importante proceso de transformación socioeconómica, pasando de la uniformidad del modo de producción agrario a una diversidad sin precedentes. Salimos de un período de hegemonía del modelo desarrollista neoliberal, basado en la productividad urbano-industrial concentrada en grandes centros de desarrollo y territorios rurales periféricos, dependientes y empobrecidos. Empezamos a constatar la coexistencia de modelos de desarrollo diversos y una revalorización de lo rural, como espacio asociado a la calidad de vida y a la conservación del patrimonio natural y cultural. Podemos observar cómo, poco a poco, una imagen uniforme y dominante de lo rural asociada a un estilo de producción agroganadera va dejando paso a un caleidoscopio de imágenes pluridimensionales, con una gran riqueza de experiencias y actividades, incluidas diferentes vías de explotaciones agroganaderas. Sin embargo, el despoblamiento viene dejando huella y la desarticulación del tejido social es patente en los territorios rurales; y en Europa, Castilla y León es un paradigma de desertificación humana. En este contexto, las mujeres tienen un papel fundamental, primero porque fueron las protagonistas del éxodo rural, y después porque es impensable la construcción de un territorio sin la presencia y la participación activa de la población femenina.

En el medio rural, el papel social y profesional de las mujeres siempre ha estado marcado por los repartos de tareas fundamentados en las divisiones de género. La invisibilidad de la participación económica de las mujeres en la renta familiar, además de la responsabilidad en el cuidado de la casa y de las personas dependientes, ha hecho que muchas mujeres buscasen una vida más cómoda e independiente en las ciudades, donde las transformaciones en los papeles tradicionales de género se plasmaron antes

en la realidad cotidiana, y, sobre todo, las mujeres rurales han podido huir del control social férreo de los pequeños pueblos y romper los moldes tradicionales. En el capítulo siguiente exploraremos en detalle las cuestiones de género y sus especificidades en la realidad de los contextos rurales, buscando conocer mejor la construcción de la identidad de género las relaciones con la situación y el papel de las mujeres en el medio rural.